

V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe, 2004.

Transformación Cultural de la Realidad: Una Imagen del Arte Local en Aconcagua.

Jorge Razeto.

Cita:

Jorge Razeto (2004). *Transformación Cultural de la Realidad: Una Imagen del Arte Local en Aconcagua*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/77>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/svh>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Transformación Cultural de la Realidad: Una Imagen del Arte Local en Aconcagua

Jorge Razeto*

Resumen

Las formas de ser y hacer de los pueblos son dinámicas y su acumulación material e inmaterial puede ser concebida como su Patrimonio Cultural. Una manifestación significativa de esa cultura, es la producción artística, que intentaremos concebirla como una variable activa y una herramienta de cambio social. La antropología ha demostrado una variedad de mecanismos a través de los cuales las culturas evolucionan internamente por procesos de innovación y de contacto social, siendo el arte una expresión permanentemente aludida como vanguardia, embajadora de la creatividad social a través de la historia. Las tendencias homogeneizantes del mundo global, marcan una evidente dominación cultural, en donde la diversidad cultural se reduce a un dato anecdótico, que interesa sólo a los románticos defensores de los pueblos marginales, tradicionales, olvidados. La diversidad cultural se pierde y la lucha por la supervivencia cultural es cada vez más costosa. No obstante, también emergen tendencias que muestran un camino inverso, donde lo local, tradicional y marginal, aparecen como portadores de nuevas dimensiones de vida.

El propósito de este documento, es relacionar algunas reflexiones sobre cambio cultural y desarrollo sustentable, y relacionarlo con acontecimientos sociales reales, ciertos movimientos culturales locales en el valle del Aconcagua, que crean, bajo la forma de contracultura, las bases de un bien común (patrimonio cultural) diverso, creativo, innovador, socialmente comprometido, donde artistas, músicos, cantores populares, artesanos, poetas, cuenteros, fotógrafos, pintores, gestores culturales, construyen una realidad cultural local particular, al margen de los procesos culturales oficiales, al margen del dinero, del protocolo y la validación social.

Los contenidos de este artículo responden a las observaciones e intervenciones respecto de procesos culturales locales, que desde el Centro de Artes y Oficios Almendral de la Corporación CIEM Aconcagua, hemos acompañado desde hace ya 9 años. Las dinámicas referidas son en su mayoría colectivas, autónomas en su identidad y muy críticas de los sistemas sociales económicos, políticos y culturales dominantes. Se trata de un movimiento disper-

so, inorgánico, variado y variable que lentamente construye sociedad, que crea novedades sociales, hace cambio cultural, defiende la diversidad, recrea y produce patrimonio cultural local, construye paisajes e identidades, en fin ... aún hay esperanza.

La in-sostenibilidad cultural del modelo de desarrollo

Cuando hablamos de Desarrollo, hablamos de la forma que una sociedad entiende el bienestar social y la mejor forma de organizar los diferentes sistemas sociales, económicos y culturales que la componen. Y al hablar de desarrollo sostenible, hacemos referencia a la posibilidad de imaginar un estilo de desarrollo, que no solo trascienda las actuales generaciones sino que incluya en ello las bases de una integración equilibrada con la naturaleza.

La lógica desarrollista imperante, tras la bandera de la modernización, ha olvidado este principio tan básico y tan relevante, por lo cual su propia continuidad se encuentra amenazada. Junto a ello, nos parece se encuentra también amenazada la propia especie humana, quien a nuestro juicio está perdiendo la brújula de la vida social y cultural, para concentrar todas sus energías en torno a la brújula económica, con las consecuencias ya conocidas de consumo irracional, de sobreexplotación de los recursos naturales, de lucha despiadada y deshonestas por la consecución del poder económico y político, que a su vez, al parecer, asegura el control del futuro en torno a un sistema cada vez más desigual e injusto. Esta sensación de descontrol nos lleva a plantear la necesidad de nuevos estilos de desarrollo, que contengan las bases de bienestar social y de organización de los sistemas sociales económicos y culturales bajo nuevos paradigmas de integración y respeto con la naturaleza y todos sus componentes. Estamos convencidos que es justamente el componente de variabilidad o di-

* Antropólogo U de Chile. Magíster en Desarrollo UC de Lovaina. Bélgica, Director de Investigación y Desarrollo de la Corporación Ciem Aconcagua. Director del Centro de Artes y Oficios Almendral. Director del Instituto de Estudios Ambientales y Culturales de Montaña de la Corporación Ciem Aconcagua. Profesor y Coordinador de Trabajo de Campo de la Escuela de Antropología de la Universidad Bolivariana. Almendral 3627. San Felipe. Chile. jrazeto@ciem-aconcagua.org

versidad cultural, el que puede convertirse en la base misma de este nuevo estilo de desarrollo. El desarrollo sostenible entonces, no puede limitarse a un modelo, a un nuevo modelo, a un modelo más de los varios paradigmas unívocos que lo han precedido (y que invariablemente han fracasado). Un verdadero desarrollo sostenible, debe entenderse como una multiplicidad de opciones de desarrollo, donde la diversidad cultural sea el soporte básico de su búsqueda y por ende de su realización.

Al respecto, algunas pistas las encontramos en la antropología latinoamericana contemporánea (Canclini, Bonfil, Bartolomé) cuando nos remite a la diferenciación básica entre la desigualdad social y la diferencia cultural. Lo decimos porque en esta carrera desarrollista, compitiendo con todo y contra todos hacia una meta incierta y discutible, lo que se ha mal entendido hasta niveles absurdos, es la pretensión de que al borrar las diferencias culturales se logran eliminar también las desigualdades sociales. Es justamente ese error, entre otros, el que ha llevado a poner en jaque una de las condiciones humanas básicas, el ser cultural, que en esencia es diverso. El modelo de desarrollo modernista es in-sostenible. No solo porque amenaza ambientalmente las relaciones humanas con el planeta, se ha vuelto insostenible también porque ha atentado contra una de las características humanas esenciales: la diversidad cultural. En pro de buscar soluciones a las desigualdades sociales, se ha pretendido modelar un solo sistema único y válido para todos, generado en contextos culturales muy diferentes y que pretende ser válido y legítimo para todos los pueblos que habitan la tierra. La quimera del "salvaje domesticado" que ya el propio Darwin pretendió ingenuamente lograr, se ha exacerbado hasta niveles extremadamente sofisticados, pretendiendo la uniformidad de los seres humanos, tras un modelo único y unívoco de forma de vida. Así, buscando superar la desigualdad social, se ha amenazado sostenidamente la diversidad cultural. Hoy nos extrañan los brotes de resistencia cultural, nos asustan manifestaciones radicales y nos abruman también irracionales fundamentalismos violentos. Es obvio que ellos también han errado el camino y que han violado el principio de respeto que dicen exigir, pero es obvio también que es la propia sociedad y sus sistemas de violencia política y económica, la que les ha allanado el camino y les ha transmitido la misma base de intolerancia que evidencian. Es decir, ese otro, ese diferente, se ha vuelto un igual..., se ha vuelto un igualmente peligroso.

Es el propio modelo de desarrollo el que ha fallado, el que no ha sabido integrar la diversidad cultural y en definitiva, el que ha incorporado suficientes dosis de intolerancia, la que nos evidencia su carencia de perspectiva al futuro, al punto que su in-sostenibilidad se hace cada vez más evidente. La búsqueda de un concepto y un modelo de desarrollo sostenible, se hace entonces urgente; no solo por la necesidad evidente de imaginar una nueva manera de relacionarnos con nuestro entorno natural, inventando nuevas fórmulas de hacer economía, sino sobre todo, por dotar de nuevas miradas la convivencia social. La reflexión sobre la diversidad cultural, se encuentra a la base de ello, la construcción de sociedades multiculturales que contengan relaciones interculturales respetuosas y equilibradas, parece constituirse como la pista más potente a explorar.

Sociedades multiculturales: tolerancia, interdependencia y mutua potenciación

Cuando hablamos de cultura, hacemos referencia en términos muy amplios, a las formas de ser y hacer de los pueblos, al conjunto de formas materiales e inmateriales a través de los cuales se expresa la vida social de las personas al interior de un grupo humano. La cultura contiene las expresiones cotidianas que le confieren fundamentos identitarios significativos a las sociedades y a sus comunidades. Ella no sólo considera sus dimensiones materiales como las múltiples formas materiales de vida y trabajo, las técnicas y sus tecnologías, las formas de habitar y de hacer economía, sino que incluye también aquellas de orden inmaterial, como las tradiciones, leyendas, manifestaciones artísticas, rituales o religiosas, lenguas, saberes y formas de trabajo, prácticas sanatorias, historias locales, lugares simbólicos, formas de habitar el espacio, vínculos con la naturaleza, entre muchas otras.

Así entendida, la cultura es la base organizadora de la vida en sociedad, que no solo regula las relaciones entre los hombres al interior de su grupo humano, sino también los vínculos con otras sociedades, las relaciones con la naturaleza y también con lo trascendente. La cultura es entonces, el hogar de la intersubjetividad, el espacio primario de los aprendizajes y de la formación de la conciencia del ser, es el campo donde se inicia y conforman las identidades culturales. Estas, responden al campo de las significaciones y se constituyen en tor-

no a dos componentes: pertenencia y referencia. La pertenencia alude a 'quién soy', 'de donde soy', 'cuál es mi arraigo', 'quiénes son los míos', 'cuál es mi territorio'. La referencia por su parte, alude a 'de quién me diferencio', 'a quiénes considero los otros', desde donde comienzan su territorio, etc. Así, la identidad es una permanente mirada a mi propia cultura respecto de la cultura de los otros.

En esta lógica, es posible distinguir una vasta diversidad de identidades, en donde los seres humanos se "pertenencian" y "referencian" en forma permanente. Las personas, las comunidades y los pueblos buscan pertenencias y referencias múltiples, con diferentes niveles de motivación. Una mirada inicial es "conformadora" o "constitutiva" del sentido identitario propio, que en su momento siguiente nos plantea la necesaria mirada al otro, a la diferencia cultural, pues el reconocimiento de una cultura nos obliga a reconocer la existencia de otras. El maestro Levi Strauss nos decía que "la diversidad de las culturas humanas está detrás nuestro, alrededor nuestro y delante nuestro. La única exigencia que pudiéramos hacer valer en su lugar es que aquella se realice bajo formas que comporten una contribución a la comprensión generosa y amplia de los otros". Es decir, nos invita a reconocer con apertura y generosidad al otro (diferenciado), sin dejar de ser uno (identificado).

Los tiempos modernos, nos obligan a asumir que nuestras sociedades son multiculturales, por la innegable coexistencia de distintas culturas en un mismo espacio social; es decir, el concepto de multiculturalidad nos lleva a reconocer la simultaneidad de grupos culturalmente diferenciados que comparten un territorio o componen una sociedad. En la actualidad es fácil reconocer esto, ya que prácticamente no existen sociedades uni-culturales o culturalmente homogéneas, sino que se componen de culturas diversas. Es fácil reconocerla cuando hacemos referencia a las diferencias étnicas, por ejemplo, al constatar la existencia de pueblos originarios, o de comunidades campesinas diferenciadas, pero se nos complica si incorporamos diferencias culturales más sutiles al interior de una sociedad, como criterios de género, religión, opción sexual, grupos marginales, movimientos sociales, emergencias musicales o artísticas, discapacitados, entre otros. El mero reconocimiento de esta diversidad no asegura necesariamente la coexistencia armoniosa de estas culturas diferentes, por el contrario, lo sabemos, existen grupos dominantes y dominados, existen rasgos culturales impuestos a otros, existen apropiaciones culturales. Nuestra sociedad es fuertemente segregadora de cultura.

Lo anterior, nos lleva a la necesidad de cuestionarnos sobre el tipo de relaciones que se establecen entre las diversas culturas que componen una sociedad. Es decir que si la multiculturalidad marca la condición de una sociedad plural desde el punto de vista de comunidades culturales con identidades diferenciadas, debemos entonces poner atención al tipo de relaciones que se establecen entre estas comunidades culturales, es decir, al tipo de "interculturalidad" que se construye en concreto en cada espacio social, o bien, del tipo de convivencia que queremos construir y de los valores asociados que nos interesa vivir.

Se nos hace perentorio entonces, "cualificar" el tipo de relaciones interculturales a las cuales aspiramos en una perspectiva de una sociedad culturalmente sostenible, que necesariamente incluye una visión integradora de la multiculturalidad y que evoque relaciones interculturales horizontales y democráticas. Así, una sociedad culturalmente sostenible, haría referencia a una sociedad que acoge e integra su propia diversidad cultural, que la reconoce en su definición (identidad) y que no sólo fomenta relaciones tolerantes y armoniosas entre las diferentes comunidades culturales que existen en su interior, sino que abre espacios entre ellas para una mutua interdependencia, es decir para un sistema de influencias recíprocas donde unas y otras se potencian interactivamente.

La esperanza se nutre al considerar que la cultura no es estática. Por el contrario, las formas de ser y hacer de los pueblos son dinámicas y su acumulación material e inmaterial puede ser concebida como su patrimonio o capital cultural. Es el acervo acumulado por generaciones y que en forma continua y móvil, va moldeando las identidades y las manifestaciones cotidianas de esas formas de ser, que al ponerse en contacto con otras formas de ser y hacer, van creando nuevas visiones de la vida en sociedad. La creatividad y la innovación, son resultantes de múltiples y diversos mecanismos a través de los cuales las culturas evolucionan internamente e incorporan novedades extraídas de otros entornos sociales que son adaptados a las condiciones propias de cada sociedad. Es esta la manera en que se ha ido construyendo la historia humana, y sobre la que se puede tejer de manera esperanzadora la mirada del futuro.

La supervivencia o resistencia cultural de una comunidad, no debe necesariamente entenderse como una tendencia reaccionaria y estática, que no quiere reconocer o aceptar cambios, por el contrario, una resistencia cultural bien entendida, puede ser dinámica, adaptarse a las influencias externas de manera "inteligente", sin re-

nunciar al trasfondo cultural anclado en la identidad más profunda de una comunidad, y puede perfectamente integrar aspectos tecnológicos a su propia causa, integrar herramientas de disciplinas modernas y por lo tanto “externas” a su propio campo simbólico, sin alterar su esencia, pero haciendo mucho más eficiente esa base de resistencia cultural que es la que vale y se justifica defender. La pobreza y fragilidad de una comunidad local, puede constituir también una fortaleza, y transformarse con ello en cierta fórmula que puede enriquecer y dignificar las prácticas comunitarias más dañadas socialmente, sin que ello sea transar las identidades y valores propios.

El desafío de la “cultu-diversidad” en un modelo de desarrollo sostenible

Un paisaje naturalmente bello, habitualmente se concibe a partir de un conjunto de componentes diversos, como luz, agua, tierra, materias animadas e inanimadas, una estructura compleja de elementos propios de la naturaleza, cuya dinámica, armonía y estética se puede percibir desde los intereses y preferencias intersubjetivas individuales y colectivas. Esa misma figura nos sirve para construir la imagen conceptual de “paisaje cultural” que entendemos como un escenario social, integrado por un conjunto de componentes culturales diversos. En su composición podríamos identificar no solo las variables étnicas más evidentes, sino que a su vez, un conjunto de ámbitos donde se expresa la dimensión cultural íntegra del hombre; es decir, los “saberes”, sus instrumentos, las creencias, ritos y costumbres, rutinas cotidianas, formas de amar y formas de pensar, productos, dioses, músicas e imágenes, mitos de origen y trascendencia, las palabras y los lenguajes, signos, medios y fines, sueños, miedos y esperanzas...

Esta misma analogía entre lo natural y lo cultural, nos sirve para homologar los tópicos de la diversidad biológica y cultural, como un gran argumento para pensar una nueva forma de desarrollo para nuestra sociedad. Si la biodiversidad es una condición de futuro, la diversidad cultural conciente (o cultu-diversidad), también. Una sociedad que valora, asume y fomenta sus diversidades naturales y culturales, estará mejor preparada para abordar los desafíos que el futuro depara. Cualquier opción de Desarrollo Sostenible, parece adquirir entonces como condición este desafío.

Estas formas diversas de ser y hacer, marcan una característica fundamental del ser humano, tal es la enorme diversidad cultural que poseemos como especie, la que a su vez nos diferencia de las otras especies que pueblan la tierra. Nuestra especialización es justamente la diversidad cultural, que ha demostrado ser una gran herramienta de supervivencia y adaptación a un medio natural, en esencia también diverso, pero desde una perspectiva biológica. Así, la diversidad natural biológica del planeta, contiene las bases de la supervivencia de las especies sobre la tierra, de la misma manera que la diversidad cultural contiene las bases de la supervivencia social humana. Es justamente esta tendencia la que parece estar siendo hoy día amenazada por una creciente voluntad uniformadora de la vida social, especialmente notoria a través de la creciente tendencia de unificación del consumo, que se constituye a su vez en una de las características dominantes de la era moderna.

Las tendencias homogeneizantes del mundo global, marcan una evidente dominación cultural, en que la diversidad cultural se reduce a un dato anecdótico, que interesa sólo a los románticos defensores de los pueblos marginales, tradicionales, olvidados. La diversidad cultural se pierde y la lucha por la supervivencia cultural es cada vez más compleja. No obstante, también emergen tendencias que muestran un camino inverso, donde lo local, tradicional y marginal, aparece como portador de nuevas dimensiones de vida.

Una imagen en este sentido, estaría dada por ejemplo, en el reconocimiento de los aportes que las minorías étnicas pueden hacer al conjunto de la sociedad en ámbitos tan importantes como la medicina o la botánica; de la misma manera que pueden aportar en materias de tecnologías socialmente apropiadas o desarrollo de la espiritualidad; así como en su contribución en materias de convivencia y recreación. Más radical, pero no por ello irreal, nos parece el reconocimiento al aporte que una organización popular urbana puede hacer en materias de superación de pobreza o la influencia que un grupo hip-hopero tiene en la ampliación de los criterios estéticos y musicales de la sociedad. Así, los ámbitos de la economía, de la tecnología, de la moda, de la convivencia, de la religión o de la estética, no siempre estarán definidos desde lo establecido, o desde lo “correcto”, sino que es posible imaginarlo en permanente dinámica, insumado por el conjunto de actores culturales que tiene cualquier comunidad social en este periodo histórico.

El trabajo que las organizaciones de la sociedad civil realizan en torno a la gestación de procesos de valorización cultural, constituye un gran aporte a la construcción cotidiana de un modelo de desarrollo alternativo, donde se visualiza la posibilidad de que aquella parte de la sociedad, que ha estado escondida, marginada, permanentemente soslayada, aparezca en escena, traspase las barreras de lo marginal, para adquirir cierta dosis de centralidad. Hablamos de la posibilidad de valorización y reconocimiento social para comunidades social y culturalmente humilladas, que lentamente adquieren un espacio para hacerse reconocer y valorar, con el consistente refuerzo identitario que implica. La posibilidad de que las propias comunidades asuman la responsabilidad de su identidad cultural, es un principio que se encuentra en la base de un nuevo criterio de desarrollo, que no sólo nos resulta más sostenible, sino que también, éticamente defendible y socialmente responsable. Sin lugar a dudas esto constituye una imagen enriquecedora de la sociedad. Cualquier opción de Desarrollo Sostenible, tiene entonces como condición el desafío de construir una ética que transite desde la tolerancia hasta la aceptación y convivencia armónica entre grupos culturalmente diversos, lo que a estas alturas parece conformar uno de los mayores desafíos imaginables.

Sobre la cultura se puede trabajar. La experiencia del Centro de Artes y Oficios Almendral

A la base de esta observación, se encuentra la premisa de comprender el tema patrimonial en un sentido dinámico, pues cuando hablamos de patrimonio cultural, no sólo hablamos de una suma de bienes materiales o inmateriales, sino principalmente de procesos sociales colectivos, en cuya práctica se materializan las acumulaciones culturales que espacial y temporalmente una comunidad atesora. Por ello, el patrimonio no sólo se trabaja desde una perspectiva de rescate y protección, sino que también se crea, se inventa, se construye, se actualiza y se proyecta en el tiempo.

El Arte entonces, se presenta como uno de los ámbitos de la cultura, que con mayor propiedad nos permite comprender la lógica argumental de nuestras observaciones. Esto, porque es fácil comprender que el patrimonio artístico de una comunidad, no sólo puede encontrarse en los museos, galerías y colecciones privadas formales, bajo la forma de tesoros estéticos". Por el contrario, la creación artística también puede "hacerse bien patri-

monial", en la medida que adquiera sentido cultural y sea consistente con la esencia identitaria de una comunidad, es decir, en la medida que esa producción se impregne de su sentido colectivo. Un producto artístico es expresión cultural si se hace parte del presente y futuro de una comunidad. Muchas son las formas patrimoniales que pueden adquirir sentido de presente y futuro y por lo tanto, ser objeto aún de producción patrimonial, en tanto el patrimonio de una comunidad se agranda en la medida que se enriquece su espesor cultural.

El quehacer artístico en este caso, se presenta como uno de los espacios de observación privilegiado para nuestros argumentos. La figura de los artistas como visionarios rebeldes embajadores culturales a través de los tiempos nos resulta familiar. Son los artistas quienes permanentemente se han anticipado a los designios de la historia, pero también podemos imaginar que son ellos quienes han ido abriendo espacios a dichos designios, como una letra que se escribe y que contribuye a ir construyendo los pedazos de realidad que manifiesta cada expresión artística, no sólo para referirnos a la pintura, sino que dramaturgos, danzarines, músicos, poetas y escritores, han sido reconocidos en sus respectivos campos, como "imaginadores anticipados" de las tendencias del futuro y a su vez, creadores de las pautas culturales de los tiempos que se avecinan.

Con igual sentido de producción patrimonial, es posible comprender la labor del artesano, a quién se lo ubica en un nivel bajo de producción cultural en tanto generalmente se presenta como continuador de técnicas, diseños y formas anteriores. No obstante, el artesano incrementa su potencial patrimonial cuando traspasa esas barreras y se instala como un creador de nuevas técnicas, diseños y formas, cuando innova respecto de sus tradiciones con un sentido cultural, es decir, con un sentido de proyección y cambio de lo que hicieron sus antecesores en un determinado oficio. La innovación en diseños es clave en este sentido, cuando se respetan los sentidos culturales y estéticos pertinentes. La cerámica, la joyería, la cerrajería y muchas otras formas artesanales de trabajo, tienen un tremendo potencial patrimonial, cuando son consecuentes con el sentido histórico que los generó, pero al mismo tiempo, cuando incorporan la suficiente capacidad de observación de su entorno cultural para innovar en el plano de las formas y diseños, sin transgredir consideraciones éticas o estéticas.

Una mirada a nuestro entorno social inmediato, nos lleva a reconocer que los temas aludidos no son sólo entelequias imaginarias desde un sub mundo intelec-

tual, sino que más bien responden a procesos sociales reales, ciertamente en ciernes y marginales pero que lentamente van construyendo dinámicas locales de procesos sociales más complejos que algún día alcanzaremos a dimensionar en su verdadera magnitud. Por el momento, nos cabe relevar su existencia, escudriñar en sus intencionalidades y tal vez imaginar sus potencialidades. Lo cierto es que de cierto algo hay... algo está pasando en Aconcagua...

Por ello es que desde nuestra organización hemos estado trabajando cultura y muchas de las reflexiones precedentes, se inspiran tanto en la observación de la realidad, como en las experiencias de intervención cultural implementadas por nuestra Corporación CIEM Aconcagua en la provincia de San Felipe, Chile, particularmente por medio de la creación del Centro de Artes y Oficios Almendral, el cual se ubica en un pequeño poblado rural de 1.500 habitantes, cuyo radio de influencia abarca todo el valle del Aconcagua, es decir 2 provincias y 10 comunas, con cerca de 250.000 habitantes. Aquí desde 1995, a partir de la restauración de un antiguo convento franciscano, se levanta una propuesta aplicada de intervención desde el plano cultural, cuyo sentido mayor ha estado puesto en el principio que la dimensión cultural puede ser una variable activa en el mejoramiento de las condiciones de vida de las comunidades y de las sociedades en general, convirtiéndose de esta manera en una legítima herramienta de desarrollo. Si a esta condición básica, le sumamos la visión estratégica esbozada en los párrafos precedentes, podemos hablar que la variable cultural puede ser una efectiva herramienta de desarrollo sostenible. Al menos así lo permite intuir nuestra experiencia.

Cuando hablamos de “trabajar cultura”, hablamos de incorporar un conjunto amplio de dimensiones culturales a la experiencia cotidiana de intervención social. Ello podemos reconocerlo en una diversidad de expresiones.

Extensión y educación artística

En las “alejadas” dependencias del Centro de Artes y Oficios Almendral se ofrece una intensa “oferta cultural”. Una Galería de Arte, que durante 8 años ha realizado más de 110 exposiciones de artistas locales y nacionales, siendo un lugar de diálogo entre las múltiples realidades de producción artística. En sus instalaciones se han realizado más de 40 ciclos de cine arte. Talleres de teatro, danza, música, narración oral y muchos “eventos” que abarcan una amplia diversidad de expresiones

artísticas conforman la “parrilla cultural” que ha convalidado a miles de personas que anualmente participan de estas actividades. Entre ellas se puede reconocer la diversidad plena de la comunidad “aconcaguina”, no importando nivel socioeconómico, sexo o edad, procedencia urbana o rural. Especial interés para nosotros tiene la comunidad escolar, donde niños y niñas, junto a sus profesores de historia y arte, participan y se integran a esta casa mágica, que de manera simultánea detiene el tiempo, a la vez que lo proyecta al futuro. Niños y jóvenes que abren sus emociones y percepciones, despiertan a la creatividad y se fascinan con los secretos del artista y sus obras, anclados en su historia personal y colectiva.

Museo de Oficios

El Centro Almendral abrió durante el año 2004, una línea museográfica amplia, que combina la arqueología, antropología, etnografía, conservación, restauración y otras disciplinas complementarias, exponiendo su primera exposición semi-permanente titulada “2000 años de Arte Alfareo en Aconcagua”, en un recuento sin precedentes de la prehistoria, historia y actualidad del oficio de la cerámica en el valle. Una variada colección museográfica en una intervención paisajística ambientada en 4 épocas cronológicas secuenciales, constituye una expresión educativa novedosa e impactante. La posibilidad de que la comunidad adquiera una perspectiva amplia de su tradición cultural a través de la línea de tiempo de uno de los oficios tradicionales que aún perdura en Aconcagua, parece una herramienta eficaz de educación para el desarrollo sostenible.

Escuela de Oficios Artísticos

Las artes aplicadas son una alternativa de desarrollo laboral para una parte de los jóvenes de Aconcagua que buscan insertarse laboralmente más allá de las escasas oportunidades formales que el mercado de la fruta les ofrece. Así, desde 2001, nuestro Centro Almendral, a través de la Escuela de Oficios Artísticos ofrece formación en Cerámica, Orfebrería y Joyería Artística, Artes Gráficas y Grabado, Cerrajería, por medio de una propuesta curricular que combina el aprendizaje aplicado del oficio con una formación amplia en el ámbito de las artes y cultura, incluyendo historia y antropología del arte, estética, diseño, gestión cultural, desarrollo personal, entre otras materias. De esta manera se proyecta la vigencia de estos oficios tradicionales, que no sólo se encuentran en la base de la cultura local, sino que pro-

gresivamente vuelven a asumir un sentido identitario de Aconcagua, toda vez que los nuevos productos elaborados por las nuevas generaciones de artesanos, si bien, contienen elementos innovadores significativos en el aspecto técnico y económico, son tributarios de una tradición y de un sentido de pertenencia al territorio que los cobija, que sin duda proyectan en sus trabajos y productos artesanales y/o artísticos. Una vez más, la intervención con sentido cultural se vincula directamente a las potencialidades sostenibles de desarrollo de la comunidad de Aconcagua.

Historias locales

No sólo trabajamos cultura en forma centralizada. También ampliamos la acción a otros espacios comunitarios como lo muestra la experiencia aplicada de Investigación y Publicación de la Colección de Historias Locales de Aconcagua, a partir de un trabajo con 10 grupos comunitarios que aceptaron inicialmente la invitación de indagar en su identidad comunitaria a través de recopilar material oral y fotográfico al interior de su comunidad. Los grupos trabajaron por más de un año entrevistando a sus mayores, solicitando fotografías antiguas, rescatando anécdotas y vivencias colectivas, situaciones críticas, conflictos internos y externos, tecnologías y oficios antiguos, eventos, y conmemoraciones de diversa naturaleza, tradiciones, cuentos y leyendas entre otras. Todo ese valioso material, fue compilado por cada uno de los 10 grupos constituidos inicialmente, lo que lleva a la publicación de los 10 libros que actualmente componen la Colección de Historias Locales de Aconcagua, publicado bajo nuestra casa editorial de Ediciones Almendral. Por medio de esta experiencia, la comunidad reconoce los fundamentos de su identidad, trasmite a las generaciones jóvenes un conjunto de saberes y valores propios, discute acerca de sus “sentidos” originarios. Nuestra percepción es que una comunidad que conoce su historia, que valora sus tradiciones y sus saberes, que indaga en sus fortalezas y debilidades diacrónicas, puede tener mucha más claridad respecto de sus “sentidos” de futuro.

Red Comunitaria de Turismo Patrimonial

Los Grupos que participaron en el rescate de sus historias locales, se activaron en torno a sus potencialidades económicas y constituyeron la Red Comunitaria de Turismo Patrimonial de Aconcagua, a través de la cual se integran y pretenden mejorar sus ingresos al mismo tiem-

po que buscan preservar su patrimonio natural y cultural local. El hecho de tomar conciencia de sus riquezas patrimoniales, los hace inventar modelos de gestión sustentable de sus recursos, ofreciendo a los visitantes los componentes de dicho patrimonio, es decir ofrecen compartir sus “paisajes naturales y culturales”, vale decir, su flora y fauna nativa, sitios arqueológicos, oficios tradicionales, artesanías, tradiciones y leyendas, es decir todo su bagaje natural y cultural. Esa “oferta” está vinculada a la imperiosa necesidad de resguardar aquello que es tan valioso, cuidar sus tesoros, porque de ello depende también su futuro, y con mayor seguridad el de sus hijos y nietos. Así, una comunidad “empoderada” en torno a su patrimonio, historia, saberes, oficios, paisaje cultural y natural, que se articula en redes de gestión asociativa, se potencia con un sentido propio, diferenciado y diferenciador, y por lógica, se encontrará aportando a la necesaria diversidad cultural de la cual hemos venido hablando, pero no de forma teórica, sino que aplicada a la realidad, a su propia realidad, pero también a la de su región y de su país, y de esta manera también aportará un pequeño grano de arena a la necesaria diversidad cultural de la humanidad.

Algo más está pasando en Aconcagua

Nuestra organización Ciem Aconcagua, a través de las diversas acciones ya referidas que implementa el Centro de Artes y oficios Almendral, interviene en la dinámica cultural de Aconcagua, transformándose en un actor validado y legitimado en el ámbito territorial local. Trabajar cultura por más de 10 años nos permite hoy reconocer con orgullo que algo más está pasando en Aconcagua, que en diversos y múltiples espacios de animación cultural, nuestras ideas, reflexiones y actividades se multiplican y reproducen, de manera descentralizada y autogestionada por otros grupos e iniciativas de índole diversa tales como:

- Colectivos de literatura y cuentería se organizan para rescatar tradiciones locales y literarias, que son traspasadas a formato artístico y presentadas en diversos espacios locales, nacionales e incluso internacionales.
- Localidades y comunas aledañas, se visten con arte, decoran sus calles y casas, la comunidad organizada registra su pasado y su patrimonio en sus paredes, plazas y espacios públicos.
- Movimientos de artistas emergentes, rebeldes, críticos, contrasistema, se organizan y desarro-

llan arte colectivo, registrando su ideario en diferentes formatos artísticos.

- Artesanos aprenden oficios artísticos, se forman orfebres, cerrajeros, grabadores y ceramistas de alto nivel. Sus motivos rememoran el pasado, sus motivos descubren y crean identidades
- Algunos de los centros comerciales locales se impregnan de sentido patrimonial y artístico. Librerías convertidas en galerías de arte, campings en lugares de compleja música fusión, tiendas diversas exhiben trabajos de artistas locales emergentes.
- Los nuevos artistas de aconcagua registran sus identidades en sus telas, la pintura local se inunda de sentido identitario, al igual que la música y otras expresiones artísticas.

No podemos atribuir toda esta actividad cultural a nuestra influencia, pero no nos cabe duda que hemos cumplido un rol activo en su realización. Esto es para nosotros

el verdadero sentido de nuestra intervención, esto es para nosotros hacer de la cultura una variable activa de intervención social. Trabajar cultura con sentido de identidad local comunitaria, representa para nosotros la mayor apuesta y el mayor aprendizaje, que nos permite afirmar con sentido de propiedad, que el trabajo cultural es una herramienta efectiva de desarrollo sostenible.

En este sentido, asumimos que sobre la cultura se puede trabajar y de esta manera, influir sobre un conjunto mucho más amplio de dimensiones de la sociedad, las motivaciones personales, los intereses políticos, las formas de economía, las tendencias del consumo, las relaciones con la naturaleza. Trabajar cultura implica hacer una reflexión profunda sobre la vorágine moderna y sobre sus impactos en nuestras vidas cotidianas. Trabajar sobre las dinámicas culturales nos resitúa en la encrucijada clave sobre el tipo de desarrollo que queremos para nuestra sociedad... y con ello, se nos abren horizontes de esperanza.